

Agradecimiento a Hugo Bleichmar

Rufino J. Meana

Universidad Pontificia Comillas

A los que se empecinan en dudar, a pesar de la euforia narcisista que brinda la certeza compartida.

–Hugo Bleichmar

Queridos amigos de la Sociedad Forum, querida Emilce, antes que nada, quiero daros las gracias por la oportunidad de mostrar hacia Hugo un público y sencillo agradecimiento personal e institucional. Comprendo que esto es un acto muy familiar -esas familias que van más allá de la sangre- en el que os encontráis para despedir juntos a quien fue, por diversos motivos, muy importante para todos. Compartir con vosotros espacios, recuerdos y emociones es un auténtico privilegio.

Cuando Hugo, y su muy querida Emilce, llegan a España y fundan ELIPSIS aparece muy pronto una compañera de camino que continúa ahí: la Universidad Pontificia Comillas de Madrid. A mediados de los años 80, la Licenciatura en Psicología era muy reciente, apenas tenía 10 años, y ya era muy diferente de otras: la formación que ofrecía era de amplio espectro, dejando para el posgrado, y a la decisión de cada quién, la especialización de escuela. Se daba, como se sigue dando, formación consistente en las principales escuelas de psicología: cognitivo conductual, familiar sistémico, grupal, humanista y... psicoanálisis; una singularidad universitaria en aquel momento que aún se mantiene. Además, la idea siempre fue que la enseñanza de cada una de esas aproximaciones a los fenómenos psicológicos, a sus derroteros y a la clínica, fuera abierta y dialogante; empezando por la misma relación humana y profesional entre los profesores. Había, como hay, mucha conciencia de que cada modelo ofrece saberes parciales y que el modelo del otro no es un rival sino, más bien, un complemento, otra perspectiva; una oportunidad para pensar y aprender.

En ese clima y contexto la aparición de Hugo Bleichmar encajó como un guante y se sumó a un coro que entonaba las lecciones de psicología con gran armonía; doy fe porque yo estaba ahí como alumno. Sus planteamientos psicoanalíticos, como todos sabemos, unían rigor y tradición de escuela con la capacidad de buscar y hallar aspectos valiosos en las perspectivas fundamentadas de otros. A mí me enganchó intelectualmente, luego ya vino la formación de ELIPSIS, los cursos del Programa de Doctorado Interuniversitario en Psicoanálisis (otra singularidad del momento en la que Hugo tuvo singular protagonismo) y los diversos seminarios que teníamos hasta en su despacho, sentados donde podíamos,

desacralizando aquel pobre diván. Seguro que muchos también tenéis recuerdos de aquella época.

La presencia de Hugo en Comillas, más allá de su conocida y seductora capacidad docente, ha sido enormemente enriquecedora. Lo fue durante décadas hasta el mismo momento previo a su jubilación en la Facultad cuando, allá por el año 2003, un inexperto profesor le pidió que formara parte de una “Comisión de Sabios” para diseñar un centro clínico en la universidad. Ese profesor era yo y el centro clínico la actual UNINPSI que me encargaron concebir y dirigir durante 12 años; su respaldo e incuestionable fidelidad fueron muy importantes personal e institucionalmente todo ese tiempo.

A mi juicio, una de las mayores aportaciones de la presencia de Hugo en nuestro contexto universitario, dejando aparte por supuesto su reconocido y siempre alabado rigor intelectual, fue su inagotable e indisimulada curiosidad y su desparpajo a la hora de contar complacido cómo tal o cual autor le había sorprendido, le había hecho pensar o le había aportado algo interesante. La curiosidad es la madre del ansia por saber y de la investigación; la esencia misma de la universidad. Ciertamente, nos dejó amor por la sabiduría.

Hugo no ha sido un pensador “facilón” que, en una especie de bondad indiscreta, diera la razón a todos para no quedar mal con nadie. Jamás hubiera pactado con generar un sistema docente y de pensamiento “tipo collage” donde todo valdría siguiendo apeteceres o curiosidades personales varias, que dieran como resultado esos sincretismos baratos y “eficacismos aparentes” que hoy invaden el pensamiento, también a la psicología. No, él luchó siempre por conservar una muy potente coherencia en todos sus desarrollos y eso es uno de sus principales valores: vincular, alrededor de un sólido eje psicoanalítico, saberes de muy diversa procedencia de modo coherente... ¡y bonito!; porque lo bien pensado puede ser muy bello y producir un gran placer intelectual, más aún cuando es compartido. Sí, Hugo nos dejó una aguda sensibilidad y gusto por la coherencia de pensamiento.

Como pensador, no pactaba fácilmente, buscó siempre lo más verdadero y tenía un talento especial para encontrar “verdades antropológicas” en el pensamiento de otros: asuntos, tratados en lenguajes diversos, que hablan de aspectos humanos que no admiten discusión, están ahí. Así podía captar cómo algunas de las intuiciones freudianas aparentemente entraban en contradicción con las que traían Klein, Kohut, Kernberg, Bion, Bowlby o el mismo Lacan, a pesar de los conocidos desasosiegos intelectuales que le producía; pero, también, Chomsky, Morin, Damasio, Gazzaniga, Rizzolatti y, así, un largo etcétera. Logró hacer bailar juntos a rivales, a escuelas que tienden a ignorarse mutuamente, a disciplinas aparentemente desconectadas y, con todo, dar muestra de que los dogmatismos solo pueden ser si se sostienen en desinformación. Captar que no toda aparente contradicción lo es, solo puede hacerlo quien posee una mente libre de prejuicios y con mucho deseo de desentrañar la realidad para que vaya ganando terreno lo verdadero.

En este sentido, le gustaba acudir a una máxima atribuida a Aristóteles que, decía haber escuchado en Comillas, y a muchos nos inspira: *Amicus Plato sed magis amica veritas* (Platón es mi amigo, pero la verdad me es más querida). Máxima que habla de un talante, el de quien apuesta por la lucidez y no se permite restricciones mentales producidas por ideologías o afectos que enturbien la razón. Agradecemos que nos haya dejado el gusto por aspirar a pensar sin barreras mentales.

Recuerdo una vez, hace ya años, que en una conversación casual a la vuelta del verano le pregunté qué estaba leyendo (creo que muchos coincidimos en que siempre ha sido

una tentación preguntar esto a Hugo Bleichmar). Me dijo que le había parecido muy interesante un libro de Paul Gilbert sobre la compasión en el contexto terapéutico. Añadió algo así como: “hay ahí cosas importantes que tenemos que tomar muy en consideración en nuestro modo de estar con los pacientes”. Entre otras muchas, esa conversación me quedó grabada, seguramente, por el modo como lo dijo. Me dejó pensativo y algo conmovido: a Hugo no le interesaba solamente saber, comprender, purificar la técnica psicoterapéutica o ganar batallas dialécticas (¡todo eso lo hacía muy bien!). Le interesaban, también, las personas en su más desnuda humanidad, en su desconcierto, miedo, angustia o soledad, y buscaba llegar ahí con su pensamiento y su práctica clínica para rescatarlas; su interés por la humanidad acorralada en su estudio de la colonización emocional es un ejemplo de ello. También nos dejó la conciencia de que el encuentro terapéutico, más allá de la técnica, o es encuentro entrañablemente humano o no puede ser.

Termino. No es sencillo decir por qué, personal e institucionalmente, nos encontramos en deuda agradecida con Hugo y por qué le vamos a extrañar. Al final, por más que enunciemos: amor por la sabiduría, por la coherencia, por la verdad sin restricciones mentales o por la humanidad acorralada, creo que estamos de acuerdo en que cualquier palabra se revela reduccionista.

Es una deuda agradecida que sentimos hacia algunas pocas personas con las que nos entrecruzamos en nuestra breve vida, que hacen que la propia perspectiva sobre la realidad se vea enriquecida y ya no vuelva a ser la misma. Esas personas, a veces son familia, a veces amigos, en ocasiones maestros o varias cosas a la vez. No son muchos quienes nos impactan así, pero cuando ese encuentro humano e intelectual se da, uno lo nota porque esa persona permanece; a eso lo llamamos trascender, dejarse en otros. Eso... también lo supo hacer.

Gracias Hugo, muy sinceramente.